

F. G. A. C. DE CUBA

¡Basta ya de soportar criminales!

Al pueblo obrero, a los estudiantes y a todos los hombres que repudian los métodos del crimen

Tenemos ante nosotros la realidad palpante, viva y sangrante del presente y un futuro probable de amenazas, a cuya conjura debemos dedicar nuestra atención más concentrada. Sentimos gravitar la responsabilidad de abrir brecha en el presente, dando paso a una situación en la cual el pasado no se repita, y a ello debemos los anarquistas, los trabajadores, los hombres que no se avengan a vivir sin pena ni gloria, dar lo mejor de nuestras actividades.

El crimen perpetrado, frío y salvajemente, con los estudiantes, por el teniente Powell y su trullista malhechora, en las inmediaciones del «Castillo del Príncipe» y justamente muy cerca de donde se realizó el crimen horrible del amachadato con los hermanos Vallés Dausá, nos obliga a lanzar nuestra protesta y a la vez nuestra invitación a la lucha ardiente y viril contra los nuevos criminales que detentan el poder, por las mismas razones que lo hicimos contra el amachadato.

Si hasta ahora los políticos cobardes y oportunistas encontraron motivos para hacer el juego a Batista y sus secuaces que se han repartido la nación y aduciendo de la voluntad de los ciudadanos, ya, después del triple asesinato de Ivo Fernández, Rodolfo Fernández Rodríguez y Reinaldo Balmaseda, no hay disculpas y sólo cabe al pueblo, a los estudiantes, al proletariado y a las madres que aman la libertad, reiniciar la lucha a sangre y fuego contra esa turba de miserables asesinos que nada tienen que envidiar en sus feroces instintos criminales a Crespo, Trujillo, Carrera, Balmaseda, Castro, Sánchez, Ortiz, Amicente, Herrera...

La revolución contra Machado, aprisionada por el guantelete de hierro del militarismo, ha sido estrangulada desde los primeros momentos. Batista, cabeza visible del ejército asesino, instigado por su rapsodia Carbo y consejeros encubiertos, Lucio de la Peña, Caffery, etc., etc., y enloquecido por el delirio de autoridad y el ansia de mantenerse en el alto puesto que le proporcionó el golpe de septiembre, se ha convertido en un César, en un Nerón redivivo. Tal lo demuestra el asesinato del jefe militar de Pinar del Río, Mario Hernández, y el visto bueno que pone a los desmanes de sus tropas oncosacadas, compuestas por gente de la peor casta, pero bien pagada y mimada. Es el mismo caso de la tiranía de Machado: el ejército mercenario sometiendo al pueblo y asesinando a los descontentos, con la diferencia de que ahora son los antiguos ejecutores de los crímenes los que han pasado a ocupar la jerarquía de oficiales.

Tanto los trabajadores, para quienes se han creado los Tribunales de Urgencia, con magistrados degradados de una judicatura corrupta, que no escarmentaron con lo que el pueblo hizo a los machadistas, como los estudiantes, tienen nuevas víctimas, motivos más que suficientes para empezar una actuación revolucionaria contra el sistema de terror implantado.

do por el ejército con la aquiescencia de la taifa degenerada de los políticos que los secundan.

Pero no ha de ser esta nueva revolución, por la que debemos empezar a trabajar sin tregua ni descanso desde ahora, para dejar en pie los factores que determinen los métodos y el terror brutal de siempre. Entre otras cosas, ha de estar la eliminación del ejército, la supresión de la Guardia rural, de los cuerpos de Policía secreta, etc., etc., porque todos estos organismos sólo sirven a la reacción para afianzar sus posiciones, aplastar a los revolucionarios y acoger las ansias renovadoras del pueblo obrero y de los campesinos hambrientos.

La revolución, si ha de beneficiar al pueblo, tiene que inspirarse más en lo social que en lo político; trastocar el status económico no conformarse con el simple cambio de unos hombres por otros en el Poder. Pues no son los hombres, turnándose en la dirección del Gobierno — como se supone por un error atávico — los que resolverán la cuestión social, el pan y la libertad del pueblo, sino que es condición sine qua non la destrucción total del armazón del Estado, que aunque se apellide liberal, conservador o proletario, dará los mismos resultados: esclavitud y miseria, como puede comprobarse con lo sucedido en Cuba.

¡Ni motín, ni cuartelazo, ni golpe de Estado!

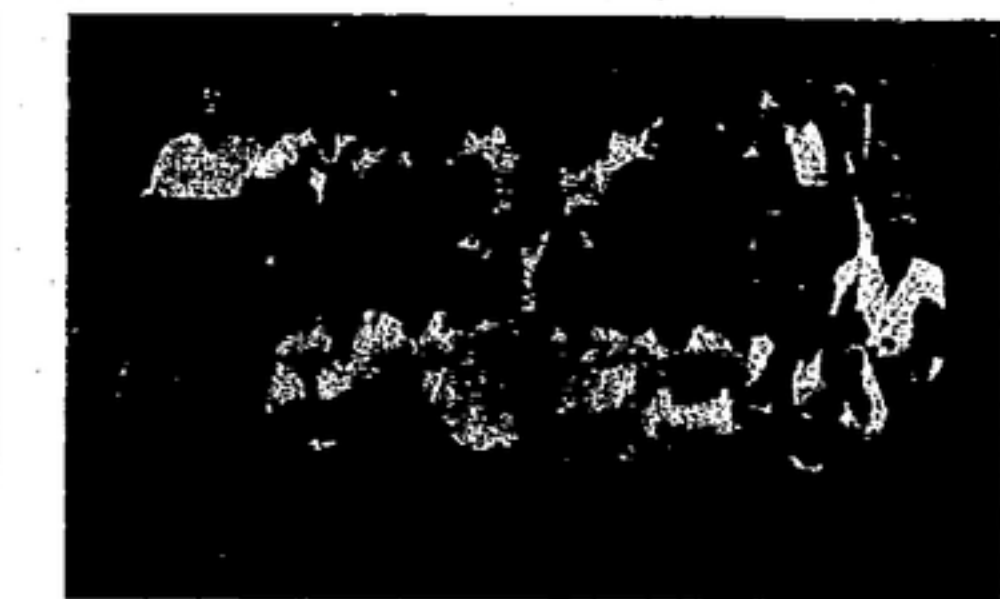
Revolución de abajo, del seno mismo de las masas doloridas, acunada en el corazón de las mujeres proletarias, templada en el acero de los brazos proletarios, hecha verso y granada en la juventud de los hijos proletarios y de los estudiantes revolucionarios, que han declarado guerra sin cuartel a todos los sistemas de gobierno, porque sólo engendran el despotismo y el crimen.

Revolución social!
Porque no es privativa de un partido o sector y para beneficio de unos cuantos. Porque trae en sus entrañas los elementos de la reconstrucción. Porque no tiene piratas que han de arrear con el botín...

Abanderados de esta revolución, porque luchamos desde luengos años, exhortamos a todos para provocar y apresurarla e invitamos a las mujeres proletarias, a los estudiantes, a los trabajadores todos a crear Comités revolucionarios en las fábricas, en los talleres, en todos los lugares de trabajo para preparar la revolución antes que la reacción estatal y militarista nos engulle y nos mate a hachazos y a tiro limpio, sepultando entre lodo y sangre la victoria contra Machado.

Saluda a todos, a estudiantes, mujeres proletarias, obreros del campo y la ciudad, a los revolucionarios sinceros y a los amigos del comunismo libertario, la

Federación de Grupos Anarquistas de Cuba
Comité de Relaciones
Havana, septiembre 1934.



Grupo de compañeros del Bajo Aragón, La Fresneda, Beceite, Cerrolena, Belmunte, Formales que se reunieron al aire libre en jira amistosa para mantener más sólidos los lazos del compañerismo y de la solidaridad.



La Juventud libertaria de Cieza ha organizado una jira a la que acudieron compañeros de Jumilla y Calasparra, la mayoría de ellos recientemente amnistiados. — Un grupo de concurrentes.

La iglesia y la libertad



po de Imola, condenaba todavía a los blasfemos a la perforación de la lengua, concediendo diez años de indulgencia a sus delatores. No son pocos los católicos que quisieran restaurar estas sanciones inquisitoriales.

La disidencia entre católicos y fascistas sobre la libertad de enseñanza es relativa al monopolio y no a la libertad. Después del Concordato, narra Pettinari en su libro *Le Pasteur de Rome*, un alto prelado observa: «En la sucesiva, las escuelas libres son superfluas». Para el gobierno fascista no ha dejado al clero católico plenos poderes sobre la educación. Por eso Pio XI, en su encíclica «*Humani generis*» (29-VI-31), protestaba así:

«Una concepción que hace pertenecer al Estado las jóvenes generaciones, enteramente y sin excepción, desde la primera edad hasta la edad adulta, no es conciliable para un católico con la doctrina católica; no es siquiera conciliable con el derecho natural de la familia. No es, para un católico, conciliable con la doctrina católica pretender que la Iglesia, el Papa, deben limitarse a las prácticas exteriores de la religión (la misa y los sacramentos), y que el resto de la educación pertenezca totalmente al Estado.»

Cuando la instrucción religiosa, en la forma confesional, entró en la escuela pública, los católicos no hablaban ya de libertad de enseñanza. El diputado católico Cameroni declaraba en la Cámara italiana: «Ahora que somos minoría, pedimos la escuela libre; cuando seamos mayoría, obtendremos nuestro modo».

La fórmula: libertad de enseñanza, es el huevo del cual los católicos esperan la gallina del monopolio confesional. Alíada a los Gobiernos absolutos, la Iglesia traduce, a su modo, el *ite, docete* omnes gentes del Evangelio: id, obligad a todos a soportar vuestro magisterio. Es un dogma conciliador este: «El laico, presentes los eclesiásticos, a menos que éstos lo pidan, no debe enseñar» (1). Este principio está basado en el silogismo siguiente: La Iglesia es la natural educadora; el sacerdote representa a la Iglesia; por tanto, el sacerdote es natural educador. Todo escrito, todo discurso, todo acto de parte católica, demuestra que la del monopolio es la doctrina genuina, tradicional de la Iglesia. La doctrina del *Syllabus* (8 de diciembre del año 1864), pretende que la escuela sea confesional (proposición XLVII). En la más reciente encíclica sobre la educación cristiana de la juventud (3 de diciembre de 1929), la Iglesia exige la vigilancia de toda la educación en cualquiera que sea la institución pública o privada, no sólo respecto a la enseñanza religiosa allí impartida, sino en toda otra disciplina y respecto de toda prescripción en cuanto tengan relación con la religión y la moral. La Iglesia quiere que «toda la enseñanza y toda la ordenación de la escuela, enseñanzas, programas y libros, en toda disciplina, sean gobernados por el espíritu cristiano y bajo la dirección y vigilancia materna de la Iglesia, de manera que la religión sea verdaderamente fundamento y coronamiento de toda la instrucción, en todos los grados, no sólo elemental, sino también media y superior».

El capitalismo no puede ser profundamente antifascista. No lo puede ser porque carece de un profundo espíritu de libertad. En un discurso pronunciado en Como (mayo de 1930), en ocasión de una fiesta de los árboles, un sacerdote celebraba las ventajas de los árboles, que han dado también el medio de descubrir el mangonello, «instrumento terapéutico de la curación fascista».

Muchos se asombran, y es un asombro ingenuo, de la facilidad con la cual la mayoría de los católicos se han vuelto, más o menos, filofascistas. Cristo y el mangonello. Parece que haya... incompatibilidad de carácter. En cambio, los socialistas, junto con los futuristas, han contribuido a la formación... espiritual del fascismo. En *Fides*, periódico de propaganda católica, que sale en Liorna, se leía hace algunos años:

«Nosotros blasfemamos de los católicos italianos. ¿Por qué, cuando eis *Massimari*, hacéis el signo de la cruz? — ¿Y qué habíamos de hacer? — me parece oír responder.
«Si os hubiese de dar un consejo... desahogado, os diría claramente: Aplastadle un ojo; veréis cómo no lo repite.»

El noventa por ciento de los católicos no pueden menos de alegrarse al leer en los periódicos noticias como la siguiente, publicada el 24 de octubre de 1933 por los diarios italianos:
«El obrero Antonio Pontarollo, de Ay-madella, hace días, en Villanova Baltea, mientras pasaba una procesión profirió, en alta voz, una blasfemia.
«Denunciado por los carabinieri, ha sido condenado hoy por el pretor de Aosta a ocho meses de reclusión y a ochocientas liras de multa.»
En 1828, el cardenal Giustiniani, obis-

Ser anarquista

¿Podemos todos ser anarquistas? Que la investigación esmerada responda. Para nosotros nos basta saber que lo pueden ser muchos más de los que así se demuestran, pues el amor a la libertad es una característica humana eterna que pugna por manifestarse en mil formas a través de la vida individual y colectiva histórica. Se nos podría objetar que también es una característica no menos palpable la servidumbre voluntaria, la ausencia del deseo, de la voluntad y de la pasión del autodomínio, del gobierno por sí mismo. El hecho de la existencia sucesiva de tiranías no se explica sólo por la fuerza de que han dispuesto para aplastar, la oposición y la subversión; se requiere también, para explicarlas, apelar a la educación y al hábito arraigados de la esclavitud, de la servidumbre tradicional.

Si los tiempos fuesen propicios a los devanes teológicos, a las discusiones doctrinarias, habría ahí tema para dejar en las sombras los más famosos bizantinismos. ¿Podemos ser todos anarquistas? ¿Llegará a serlo la humanidad? Plantado el problema en términos absolutos, sólo puede ser contestado en el terreno de la metafísica. La vida real, con sus problemas reales, admite soluciones, tal vez idealmente menos perfectas, pero más efectivas.

No estamos todos los que somos. La acción proselitista puede realizar aún grandes conquistas, atraer grandes masas de individuos de todas las edades y de todas las clases hacia nuestras ideas, que son bellas y son generosas. Nosotros, en tanto que adeptos confesados de una corriente, no pretendemos monopolizar las cualidades morales que han de distinguir al anarquista, y muy a menudo tropezamos con gentes que se dicen o se creen distanciadas de nosotros y a quienes no llamamos en consideración honestas, capaces de regirse a sí mismas, enemigas de la iniquidad, hostiles a la arbitrariedad. Son la mayor parte de las veces anarquistas que se ignoran. Y en los anarquistas que se ignoran como tales, contamos inagotables reservas, una mina cuya riqueza jamás podremos agotar.

Nos interesa esa constatación y dejamos para los filósofos el debate sobre entelequias absolutas, que por serlo son falsas.

Ser anarquista no es como ser miembro de cualquier partido político o de cualquier iglesia. Para ser anarquista hace falta, ante todo, actividad mental propia, personalidad, conciencia, anhelo moral de superación, renuncia a la consciencia del mando, repudio en la teoría y en la práctica de la obediencia impuesta. No se es anarquista porque se han leído algunos folletos de propaganda, o porque se ha aprendido a manejar algunos conceptos. Se puede ignorar el abeced de nuestros postulados escritos y ser anarquista, como lo contrario, se puede conocer perfectamente el pensamiento de nuestros teóricos más destacados y no serlo. El anarquista ha de expresarse en primer lugar en su vida ordinaria, en el trato con el ambiente que le rodea, en su conducta. Un anarquismo que no destaca la personalidad del que lo profesa y no lo simboliza como un hombre digno, de ética superior, solidario con los cecidos, generoso con todos, igual entre iguales, hermano entre hermanos, puede ser impecable doctrinalmente, pero para nosotros puede darse por inexistente.

Se hace anarquista como se hace bien formado o contrahecho. Una herencia morbosa puede hacerlos incapaces de comprender la belleza y la significación de nuestro ideal. Llevamos algo en la sangre, en las impresiones primeras, en el temperamento, que nos hace obrar y pensar de determinada manera. ¿Por qué de tantos como han nacido en un ambiente social y familiar parecido, unos se adaptan al ambiente y otros se rebelan contra él? ¿Por las ideas aprendidas en los folletos o libros de propaganda? No, eso ha venido a esclarecernos, a darnos ideas y razones; en el fondo, antes de declararnos anarquistas, tal vez creyendo ser cualquier otra cosa, revistiendo nuestra rebeldía con otros nombres, lo éramos ya. Y el descubrimiento que hacemos en los pensamientos escritos o hablados de los propagandistas no hace sino afirmarnos en nuestra actitud y darle una expresión como doctrina y como corriente intelectual.

Eso nos lleva a ser tolerantes, a escuchar con simpatía todas las ideas, a observar todo con espíritu de comprensión. Sabemos que muchos de los que hoy andan por ahí en busca de un camino, muchos de los que han creído encontrarlo en partidos y tendencias sociales reputadas por nosotros erróneas, pueden ser despertados a la conciencia de su verdadera aspiración y ser de los nuestros. El camino peor para esa obra de proselitismo sería el de la hostilidad permanente e irreductible. Si abramos a alguien con el peso de vuestra superioridad, podréis vencerlo, pero no convencerlo. Y nosotros, que creemos en la justicia de nuestros postulados, en la superioridad de nuestra conducta, en la virtud persuasiva de nuestro ejemplo, contemplamos a todos los seres humanos con el espíritu del que quiere ver en la mayoría de ellos por lo menos anarquistas que se ignoran y a quienes hay que hacer comprender su verdadera esencia.

Ser anarquistas no es conculgar con un rosario de dogmas que se aprenden de memoria y se defienden por rutina. Eso puede hacerlo el siervo voluntario de cualquier grey religiosa o política. Ser anarquista es no reconocer más autoridad que la de la experiencia, la de la observación de los hechos, de los hombres y de las ideas; es elaborar diariamente nuestra actitud ante la vida y demostrar que, en tanto que seres pensantes y conscientes, no necesitamos que se nos marque por decreto la ruta y el pensamiento. Ser anarquista es ser dueños de nosotros mismos. Y al dogmatizarnos perdemos ese dominio, porque perdemos la capacidad de experimentar y de observar las cosas como son.

Grita el Estado

«Dien pan los anarquistas, exigen el derecho al respeto de sus vidas, y el «dios» Estado responde con lo que tiene a su alcance: la cárcel, la fuerza pública, el destierro, la horrible tortura, la brutal apaleamiento y una jurisprudencia putrefacta representada por unos hombres que han dejado de tener conciencia al venderse al Estado por unas miserables migajas de pan.»

Con todo este aparato represivo del Estado, el anarquismo ha despertado en el pueblo español. Después de tantos años de servidumbre y esclavitud, florece, hasta en los más escondidos rincones de la Península, el santo ideal: no es despertar atormentado por la excesiva pesadilla, sino, como ha dicho un revolucionario, aquel abrir de ojos de la razón, que se da cuenta del lugar en que vive, y piensa serenamente en cambiar de sitio, no velosamente como el sueño le dijera, sino con el claro sentido de la realidad a través de lo posible.

Limáase locos a los anarquistas porque dicen y afirman que la vida es una eterna división de castas. El Estado se alarma, y con alaridos de fiera carnívora, se pregunta si es posible que existan seres que se llamen anarquistas y que quieran ser respete por creer que es un derecho.

No se reconoce el derecho al respeto de los que profesan este credo social por el delito de sostener que el Estado y la política es una fuente de cenagosas aguas y de conveniencias personales para vivir a costa del pueblo y por detestar todo sistema autoritario, y cuando los anarquistas lanzan a los cuatro vientos, ante el mundo proletario esta maniobra estatal, este responde con lo que dijo anteriormente.

La comoción revolucionaria anarquista sigue su rumbo; rodará la rueda, mas no salud de su eje.

UNO MÁS

Los libros

Fascismo, su génesis marxista, por T. Barro. Ediciones libertarias, Madrid, 58 páginas, 40 céntimos.

Nuestra unión revolucionaria, por Francisco Crespo. Prólogo de Federico Montseny. Ed. Bca. Humanidad Libre, Madrid, 16 págs., 15 céntimos.

Ventajas e inconvenientes de los procedimientos anticoncepcionales, por Isaac Puente. Ordenación y prólogo de León Drovac. Ed. Inicial, Barcelona, 1934: 24 págs., 25 céntimos.

Los dictadores

Las líneas siguientes, escritas para Napoleón III, se aplican muy bien a todos los dictadores de hoy.

«Una buena mañana viene un hombre. Ese hombre se inclina hacia los funcionarios y les dice:

—Funcionarios, traicionad.

Los funcionarios traicionan.

—¿Todas? ¿Sin excepción?

—Sí, todas.

Se dirige a los generales y les dice:

—Generales, masacrad.

Los generales masacran.

Se vuelve hacia los jueces inamovibles, y les dice:

—Magistratura, romped la Constitución, me hago perjurio, disolvad la Asamblea soberana, detengo a los representantes inviolables, saqueo las cajas públicas, secuestro, confisco, destierro a quien me desagrada, destierro a capricho, ametrallo sin advertencia y fusilo sin juicio; hago todo eso que se ha convenido en llamar crimen, violo todo lo que se ha convenido en llamar derecho; ved las leyes: están a mis pies.

—Haremos como si no lo viésemos — dicen los magistrados.

—Sois insolentes — replica el hombre presidencial —. Apartad los ojos de ultrajarne. Quiero que me ayudadis, jueces, vais a felicitarne, a mi que soy la fuerza y el crimen, y mañana, los que me han resistido, los que son el honor, la ley, los juegarrés y los condenados.

Los jueces inamovibles besan la bota y se ponen a instruir el *vaifaire* de las perturbaciones.

Por sobre todo le prestan juramento.

Entonces distingue en un rincón al clero dotado, dorado, chapado, mitrado, y le dice:

—¡Ah, tú estás ahí, arzobispo! Ven acá; ¡vas a bendecir todo esto!

Y el arzobispo entona su Magníficat!

VICTOR HUGO

El signo de la época y la intelectualidad

Los intelectuales de la época actual, significan estar en plena decadencia ante el momento histórico que vivimos. Si no fuera así, el teatro que forzosamente se nos presenta ante la vista, es más que suficiente para que los «intelectuales» mostraran al mundo de los mortales su calidad de inadaptables con el estado actual de cosas que suceden a diario, y escribirían una página maestra en los anales de la historia, de condenación contra actos de barbarismo que se realizan en los distintos países del mundo.

Los intelectuales deberían figurar como norte y guía, el timón para conducir la nave de la sociedad hacia las regiones de la paz y felicidad mundial entre los pueblos de todas las razas.

Quizá a esto objetarán que ellos poco pueden hacer ante el estado de fuerza violenta en que se han situado los Estados grandes y chicos. Pero ¿y qué hacéis...? Parece como si obedeciendo a una misma consigna de amantueses para escribir bufonadas; haciendo de bufones y arlequines en las celebraciones de las fiestas encomendadas de los sanguinarios dictadores. Lo mismo adultis al monarca absolutista, que al que se erige en dictador en nombre de una democracia sin demos, como de una República sin laicismo.

Plumíferos sin pundonor, habéis descendido al bajo mundo de la cienaga y ruines convencionalismos codiciosos, comerciando con la pluma como si fueseis chalanes vendidos al que más da, a tanto la línea. Sois oportunistas. Lo mismo lanzáis losas y alabanzas a un régimen que mantiene un estado prolongado de prevención, de excepción, de mordaza, de hambre y sin garantía individual ni colectiva, que os sometéis a la condición de polichinelas sumisos de las dictaduras inquisitoriales como el antiguo esclavo de la gleba, aguantando el látigo sin un gesto de protesta.

Si sois oportunistas, porque lo mismo os naturaleza condenando el efecto sin

molestaros en estudiar la causa que lo determina, porque esto conviene al que paga, como escribís novelas pornográficas con tal de que den pesetas.

Os habéis inventado en comerciantes. Unos comerciáis con la química, otros con la física, otros con la política, la sociología y los más con la pluma. Algunos de vosotros esperáis que la tierra se bafe en sangre y se convierta en un volcán de fuego guerrero, para escribir sendos volúmenes condenando el crimen guerrero.

No me merece ningún reconocimiento el cirujano que pone todo empeño en la operación quirúrgica para salvar una parte del cuerpo humano. Sino que con antelación se debe buscar el remedio, antes de que se manifieste el mal.

Esto es, que antes de que se manifieste la guerra, hay que combatirla en todos sus detalles y causas que la determinan, para hacerlos acreedores de la etiqueta de intelectuales y dignos de vivir la época presente.

CLAUDIO ANGUANO

El globo de los sabotajes ha comenzado a desinflarse

El 21 del corriente se ha visto ante el Tribunal de Urgencia, en Barcelona, la causa contra Angel Sobrino, Juan Gavalá, Ramón Roig, Félix Churrugarri y Pedro Sánchez, acusados en méritos a un simple atestado policial, de la quemadura permanente de tranvías. El asunto era un globo formidable que la Prensa política se había encargado de soplar a todo pulmón. Pero en la víspera del proceso, el globo ha comenzado a recibir pinchazos y a desinflarse. Los acusados, defendidos por Villarodona y Barriobero, han sido absolvidos por falta de todo indicio de culpabilidad contra ellos.